

imitación está representada por la paciencia, y es reproductora; la invención por la fantasía, y es creadora. Del equilibrio entre lo que el individuo aprende y lo que imagina depende su adaptación más o menos perfecta a su medio social. El hombre mediocre es imitativo y se adapta perfectamente; el hombre original es creador y con frecuencia inadaptado.

Según sus aptitudes psíquicas hereditarias, y según su educación, los individuos de la especie humana llegan a su pleno desarrollo mental a la edad de veinte o treinta años (1).

que ahora se plantea acerca del alma es ésta: «¿cómo se desarrolla el alma?»; «¿qué conocimientos acerca de su actividad y naturaleza podemos obtener del estudio positivo de sus primeros estados y procesos mentales?». Una vez planteada esta cuestión, suscita otras varias cuestiones: «¿cómo se produce el desarrollo del niño en relación con el de los animales?»; «¿cómo influyen en el desarrollo del niño la herencia y los influjos sociales, el progreso de la raza y de la familia, la sociedad en medio de la cual se ha educado?». Todos estos problemas solamente pueden comprenderse a la luz de la doctrina de la evolución, que ha rejuvenecido las ciencias de la vida, y ahora estamos empezando a apreciar, por la misma razón, un rejuvenecimiento de las ciencias del alma. Estas ideas son las que se expresan cuando se dice que la Psicología se ha hecho genética». (*Story of the kind*).

(1) «Llama la atención que el descubrimiento del segundo principio de la energética moderna haya sido hecho por un hombre tan joven. Sadi Carnot tenía veintiocho años cuando se publicó su Memoria. En cuanto a Mayer, Joule y Helmholtz, tenían veinticinco, veintiséis y veinticinco años, respectivamente, cuando publicaron sus trabajos. Ninguno de estos grandes innovadores había llegado a los treinta años cuando se dió a conocer. Las épocas en que estos trabajos aparecieron no representan el momento en que fue concebido el pensamiento inicial de cada uno; hubieron de pasar algunos años, desde el momento de concebirlo, antes de que madurasen y tuviesen suficiente desarrollo como para ser expuestas, y que estos sabios encontraran medio de publicar sus trabajos. Nos asombra pensar cuán jóvenes eran estos maestros de la ciencia cuando hicieron sus grandes descubrimientos: estamos tan acostumbrados a considerar la ciencia y la

La desigualdad psíquica entre los individuos de la especie humana es un postulado fundamental de la psicología. Podrán las costumbres y las leyes establecer derechos comunes a todos los seres humanos, pero éstos serán siempre desiguales entre sí, como las olas infinitas que erizan la superficie de un mismo océano. Cada individuo, psicológicamente considerado, es una síntesis sistemática de elementos afectivos, intelectuales y activos, diversos por su origen, intensidad o con-

—  
sabiduría como un privilegio de una edad más avanzada, que todos esos jóvenes nos parece que han faltado al respeto debido a sus mayores, permitiéndose abrir nuevos caminos a la ciencia.

«Está, pues, bien probado que los más grandes adelantos científicos pueden ser realizados por hombres muy jóvenes. Se querrá creer que la solución por verdaderos muchachos del gran problema que aquí tratamos ha sido una singular y excepcional casualidad; mas es fácil convencerse de que ocurre lo mismo en todos los dominios de la ciencia: la gran mayoría de los trabajos que han orientado las ciencias en nuevas direcciones han sido efectuados por jóvenes que acababan de transponer los veinte años.

«No es este el sitio para buscar las causas y las consecuencias de ese hecho extraño; pero de todos modos hemos creído útil llamar la atención sobre él, pues aunque haya sido señalado más de una vez, está muy lejos de ser conocido por todos.

«Sería conveniente que las personas que se dedican a educar y dirigir la juventud, la conociesen bien, a fin de poder obrar en consecuencia; porque los trabajos de hombres jóvenes, como de los que aquí se trata, siendo principalmente de carácter innovador, conviene que el mecanismo de la instrucción pública no sea obstáculo a su producción. En Alemania, por ejemplo, después de haber pasado por el gimnasio e ingresado en la Universidad, no se puede terminar generalmente la carrera antes de los veinticinco años; por lo que se ve, en nuestro país, las condiciones no son favorables a la eclosión de talentos científicos originales. Valdría más acortar algunos años de los dedicados a los estudios secundarios, lo cual permitiría a los jóvenes empezar temprano a desarrollar libremente sus aptitudes en la Universidad o en escuelas superiores, en vez de agotar prematuramente, como ocurre ahora, un gran número de talentos científicos originales». — W. Ostwald, *L'Energie*. Cap. V.



tenido, y coordinados de manera varia y según relaciones complejas.

Esa enorme variabilidad psíquica individual se manifiesta en algunos casos por diferencias iniciales de aptitudes; en otros, por diferencia de desenvolvimiento de esas aptitudes iniciales. Las causas de esa desigualdad son manifiestas; por una parte influye la diversidad de las tendencias congénitas (*herencia*) y por otra la diversidad de su educación (*experiencia individual*), subordinada esta última a la influencia del medio físico y social.

Las *diferencias de aptitudes* mentales dependen de la estructura del organismo y, especialmente, de los órganos encargados de las funciones psíquicas. Desde el monstruo anencéfalo, el idiota y el imbecil, pasando por el hombre mediocre, hasta llegar al hombre ingenioso y al genio, hay variadísima escala de aptitudes, originariamente distintas. La educación puede desenvolverlas cuando existen, pero no puede crearlas cuando faltan.

La *diferencia de educación* de las aptitudes originarias determina desigualdades no menos pronunciadas. Un espíritu pobre, desprovisto de toda educación, será un fronterizo perpetuo de la imbecilidad; si, en cambio, recibe una educación hábil y paciente, puede llegar a adaptarse bien a su medio social y hasta ser considerado como un hombre de mentalidad superior, hecho que se observa con frecuencia en las clases sociales privilegiadas. Una mediana inteligencia oscilará desde la tontería hasta el talento asimilador, según que sus mediocres aptitudes sean o no sometidas a una cultura conveniente; el ignorante y el erudito son dos productos distintos por su cultura, pero pueden constituirse sobre la base de aptitudes similares. La agudeza de espíritu, el ingenio propiamente dicho, es susceptible de caer en la frivolidad o de rayar en el talento, según desarrolle sus apti-

tudes congénitas. El mismo hombre de genio, por fin, necesita encontrar en el medio ciertas condiciones favorables a su desarrollo; el rumbo y la importancia de sus producciones varían con la mentalidad colectiva del grupo social en que aparece.

Estas diferencias son tan sensibles en el orden afectivo y activo como en el intelectual. Todo individuo nace con tendencias afectivas y activas que desarrolla bajo la influencia de una particular educación. Herencia y experiencia son factores tan significativos en la formación de nuestros modos de sentir y obrar, como lo son en nuestros modos de pensar. Hay idiotas e imbeciles sentimentales, como hay talentos y genios afectivos; y hay también idiotas y genios en la acción.

Agréguese a ello que la personalidad individual oscila continuamente bajo la influencia de factores accidentales y transitorios; un hombre no es el mismo ayer que hoy, ni hoy que mañana.

\*\*

2.º *Periodo de perfeccionamiento de la personalidad.*—Al hablar de un período de perfeccionamiento, más o menos estacionario, en la evolución individual, sólo pretendemos decir que las variaciones individuales de la personalidad oscilan dentro de límites estables, que permiten definir ciertas características salientes en su mentalidad. En otros términos: *durante el periodo de perfeccionamiento el individuo mantiene cierta unidad de carácter; su personalidad, ya definida como resultado de sus tendencias congénitas (herencia) y bajo la influencia de su educación (experiencia), se conserva idéntica a sí misma.*



No obstante las infinitas diferencias mentales en la evolución individual, existen grupos de hombres que pueden englobarse dentro de tipos similares; toda clasificación global es simplemente aproximativa y constituye la «etología» o ciencia de los caracteres humanos.

Es tan antigua como la especulación acerca de la vida en sociedad; basta meditar sobre las distintas maneras individuales de comportarse en igualdad de circunstancias, para comprender que existen grupos de sujetos inclinados a reaccionar de un modo o de otro.

Ese es un resultado del estudio concreto y real de las funciones psíquicas humanas. Taine, primero, y Ribot, más tarde, al estudiar su filosofía, insistieron sobre la necesidad de completar las investigaciones de psicología analítica y abstracta con estudios de psicología sintética y concreta. Así como en medicina no hay enfermedades, sino enfermos, en psicología no hay procesos mentales, sino hombres en quienes esos procesos se manifiestan según sus idiosincrasias personales. La antigua psicología analítica era insuficiente para explicar el funcionamiento sintético de la «personalidad» humana; en ésta, los elementos constitutivos del carácter se combinan, no se suman simple y directamente. El examen sintético es más necesario a medida que se asciende desde lo inorgánico a lo organizado, a la vida, a la sociedad. De ahí ha surgido el estudio de los caracteres humanos, cuya bibliografía es inmensa (1).

Todos los autores convienen en la necesidad de estudios sintéticos de la personalidad humana ya formada, determinando y clasificando sus diversos tipos más comunes; para ello se ha intentado establecer la relati-

(1) Desde el clásico Teofrasto, comentado por La Bruyère, hasta Mill, Ribot, Höfding, Pérez, Sergi, Paulhan, Fouillée, Bain, Queyrat, Levy, Azam, Venturi, Binet, Hartenberg, Bahnsen, Bourdet, Del Greco, Henri, Kraepelin, Stern, Toulouse, Sully, Mantegazza, Areco, etc.

va preponderancia de algunos elementos o procesos psíquicos en la conducta individual, dando color y relieve a la mentalidad sintética personal, durante su período de perfeccionamiento.

El predominio de algunos procesos sobre otros ha permitido clasificar los caracteres en sensitivos, intelectuales y activos, con sus correspondientes tipos combinados. Hemos hecho ya el comentario crítico de esta concepción en nuestro somero estudio sobre «la psicología de los simuladores» (1); el concepto puramente biológico nos parecía insuficiente para clasificar los caracteres humanos según sus diferencias cualitativas, así como el criterio fisiopatológico que lleva a dividir a la Humanidad en dos grandes grupos de normales y degenerados, difíciles de precisar; tampoco juzgábamos satisfactoria la división que hace Ferri en hombres normales y anormales, subdividiendo a estos últimos en evolutivos y regresivos. En cambio, desarrollamos una teoría, más sociológica que biológica, de Venturi, pues nos permitía considerar la personalidad humana como un producto del medio social en que el individuo va constituyendo su experiencia. Para ese autor, los hombres, llegados a su pleno desarrollo mental, actúan en sociedad de dos maneras bien diferenciadas; los unos consiguen afirmar su propia personalidad en la lucha por la vida, haciéndola gravitar sobre el medio en que se desenvuelven; los otros no consiguen salir del pasivo casillero de la vulgaridad. Habría, pues, en la sociedad, hombres «característicos» y hombres «indiferentes». La existencia de estos últimos, como unidades sociales, es puramente pasiva; constituyen la substancia amorfa, el cemento, algo así como la neuroglia que constituye el armazón de sostén para los «característicos», para los

(1) Ingenieros: *La simulación en la lucha por la vida* (8.ª edición).



que representan las células nerviosas del agregado social.

La ontogenia mental de los sujetos que representan la mediocridad social no excede nunca el nivel medio de la mentalidad colectiva; su cerebro es imitativo, su conducta es la propia de todo animal gregario. Ribot los llama «amorfos»; forman legión y no tienen modalidades individuales que permitan distinguirlos de la grey social a que pertenecen; nada es originario en ellos, carecen de vocación; nacieron sin aristas propias, demasiado plásticos, y son productos adventicios del medio, de las circunstancias, de la educación que les dieron, de las personas y de las cosas que los rodean; la sociedad, o cualquier hombre de intenso carácter, quiere y piensa por ellos; no tienen voz, son un eco; no tienen vigor ni en las líneas de la propia sombra, que es tan sólo una penumbra. Nordau les asigna una función de lastre en la vida social, como si fuera su destino contener el impulso inventivo y original de los hombres de carácter. Mantegazza pone en el fondo de su psicología una gran debilidad moral que les hace ceder a la más leve presión, sufrir todas las influencias, altas y bajas, grandes y pequeñas, arrastrados a la altura por el más leve céfiro o revolcados por la ola menuda de un arroyuelo. Barcos de mucho velamen, pero sin timón, no saben adivinar su propia ruta, ignorando si irán a varar a una quieta playa arenosa o a quebrarse estrellados contra un escollo.

Llegados a su pleno desarrollo, estos individuos siguen manteniéndose amorfos hasta llegar al período de involución. Su período de perfeccionamiento se reduce a sistematizar los hábitos mentales imitados del medio, buscando la adaptación social según la menor resistencia. Igualmente incapaces del bien y del mal, suelen vivir inadvertidos, sin aprender ni enseñar nada, sin gravitar sobre la sociedad, que ignora su existencia;

verdaderos ceros a la izquierda que nada califican y para nada se cuentan. Tal es, en sus rasgos esenciales, la psicología del hombre mediocre.

Los otros, los «característicos» u hombres de carácter definido, poseen fisonomía propia, presentan cualidades diferenciadas, tendencias originales, capacidades fecundas para iniciativas marcadas por el sello vigoroso de su personalidad. Son los verdaderos amos de la sociedad, los que destruyen lo existente y preparan el porvenir, los que careomen y los que plasman. Son los actores del drama social, con tendencias siempre renacientes a la acción; poseen aptitudes propicias para imponerse a la multitud amorfa o librarse de su tiranía niveladora. Gracias a ellos, la evolución humana experimenta adelantos y atrasos, vive, progresa. La hipertrofia de una cualidad suele causar su inadaptación personal al medio, intensificando su esfuerzo en la lucha por la vida; mas para la sociedad realizan una función armónica y vital. Son siempre excesivos; en ellos se exaltan cualidades que, atenuadas, pueden encontrarse en todos los individuos. Sin ellos, se inmovilizaría la evolución mental de las sociedades, estancándose como velero sorprendido en alta mar por la bonanza. Es de ellos, solamente de ellos de quienes se ha ocupado la psicología concreta, tomándolos como arquetipos de los principales aspectos sintéticos de los caracteres humanos.

Estos «hombres de carácter» lo son ya al terminar el período de formación de la personalidad. Sus rasgos mentales están netamente definidos, a punto de preverse su actitud frente a determinadas circunstancias de la vida. Su madurez sigue la orientación de su juventud; llegan a los sesenta años perfeccionando las aptitudes ya bien adquiridas a los treinta. En sus cerebros se han establecido sistemas de asociaciones que tienden a repetirse por la ley del hábito; el buen sentido empírico



los ha caracterizado en un refrán, llamando genio al carácter y figura a los rasgos morfológicos: «genio y figura, hasta la sepultura».



3.º *Periodo de involución de la personalidad.* — Es un hecho de observación general que *todas* las funciones del organismo humano decaen a una edad que oscila entre los cuarenta y cinco y los sesenta años, correspondiendo esas declinaciones funcionales a procesos histológicos de regresión orgánica. Las funciones psíquicas, lo mismo que las otras, decaen a cierta edad, paralelamente a la involución histológica de los centros nerviosos.

Es evidente que el individuo no tiene conciencia de su propia involución mental; ningún viejo admite que su capacidad mental haya disminuído (1). Pero, objetivamente considerado, el hecho es indiscutible, aunque podrá haber discrepancias para señalar límites generales a la edad en que comienza el período involutivo. Se comprende que para esta función, como para todas las demás del organismo, los períodos evolutivos difieren de individuo a individuo; los sistemas orgánicos en que se inicia la evolución son distintos en cada uno. Hay quien envejece antes por sus órganos digestivos, sexuales, circulatorios o psíquicos, y hay quien conserva alguno de sus sistemas orgánicos hasta más allá de los límites comunes.

La mejor prueba de ello (que los ignorantes suelen citar contra la «ciencia») la encontramos en los hombres

(1) Y, seguramente, el autor no pensaría ni escribiría estas líneas si tuviera sesenta años.

de más elevado desarrollo mental y de experiencia intelectual mejor disciplinada: es frecuente en ellos observar un cambio radical de sus opiniones acerca de los más altos problemas filosóficos a medida que el período involutivo hace decaer las aptitudes más originales y mejor definidas en su personalidad durante el período de perfeccionamiento.

El proceso de involución psíquica sigue el mismo curso que el de su organización, pero invertido. La personalidad individual se desorganiza por desaparición sucesiva de las adquisiciones de la experiencia. Primero desaparece su «mentalidad individual», más tarde su «mentalidad social» y, por último, su «mentalidad de especie».

El individuo empieza por perder las adquisiciones más recientes, las variaciones personales, todo lo que ha adquirido en el período de perfeccionamiento, es decir, su mentalidad individual. La involución empieza siendo *mediocrizadora*, es decir, rebajando el individuo a aquellos modos de pensar y sentir que son comunes a su grupo social, borrando sus rasgos propiamente personales. Por ésto las funciones de gobierno han sido en toda época patrimonio de la edad madura, pues la colectividad ha encontrado en los hombres que comienzan a involucionar el exponente más inequívoco de su mediocridad. La juventud es, por eso mismo, considerada peligrosa por los grupos sociales; mientras el individuo original piensa con su propia cabeza, no puede pensar con la cabeza de la sociedad.

Pero la involución mental del individuo no se detiene allí. Los engranajes celulares del cerebro siguen enmoheciéndose, la actividad de las asociaciones neuronales se atenúa cada vez más.

La vejez y la senilidad no se conforman con hacer de todo individuo un hombre mediocre; su obra destructora continúa desmantelando sucesivamente las capas



del carácter, desapareciendo una tras otra sus adquisiciones secundarias, las que reflejan la experiencia social. El viejo se *inferioriza*, es decir, vuelve poco a poco a su primitiva mentalidad infantil, conservando las adquisiciones más antiguas de su personalidad, que son, por ende, las mejor consolidadas. Es notorio que la infancia y la vejez se tocan; todos los idiomas consagran esta observación en refranes harto conocidos. Ello explica las profundas transformaciones psíquicas de los viejos: el cambio profundo de sus sentimientos (especialmente los sociales y altruistas), la hipobulia progresiva para la realización de actos nuevos (con discreta conservación de los fijados por antiguos automatismos) y la duda o la apostasía de las ideas más personales (para volver primero a las ideas socialmente admitidas y luego a las profesadas en la infancia y por los antepasados).

Este cuadro de la involución psíquica del individuo no es esquemático o exagerado. Su carácter gradual nos impide advertir esa evolución en las personas que nos rodean; es como si una claridad se apagara tan lentamente que pudiéramos llegar a la obscuridad absoluta sin advertir en momento alguno la transición.

Agréguese a la natural lentitud del proceso las diferencias que él reviste en cada individuo. Todos los sujetos mediocres o indiferentes, que sólo llegan a adquirir un reflejo de la mentalidad social, poco tienen que perder en el período de involución psíquica: es el empobrecimiento de un pobre. Y cuando, en plena senectud, su mentalidad social se reduce a la mentalidad de la especie, infantilizándose, a nadie sorprende ese pasaje de la pobreza a la miseria.

En el hombre superior, en el ingenio, en el talento y en el genio, se notan claramente los estragos de la involución mental. ¿Cómo no llamaría nuestra atención un antiguo millonario que paseara a nuestro lado sus posteros andrajos? Es normal que el hombre superior deje

de serlo en la vejez avanzada; sus ideas propias, organizadas en el período de perfeccionamiento, tienden a ser reemplazadas por ideas comunes o inferiores. No olvidemos que el genio rara vez es tardío, aunque pueda revelarse tardíamente su fruto; las obras pensadas en la juventud y escritas en la vejez, pueden no mostrar decadencia; pero siempre la revelan las obras pensadas en la vejez misma. Leemos la segunda parte del «Fausto» por respeto al autor de la primera, y no podemos salir de ese trance sin recordar que el antiguo adagio castellano «nunca segundas partes fueron buenas» es inatacable, si la primera fue obra de juventud y la segunda es obra de vejez.

¿Cómo sorprendernos, entonces, de que los jóvenes revolucionarios terminen siendo viejos conservadores? ¿Y qué de extraño hay en la conversión religiosa de los ateos llegados a la vejez? ¿Cómo podría el hombre, emprendedor y activo a los treinta años, no ser apático y prudente a los ochenta? ¿Y cómo asombrarnos de que la vejez nos haga avaros, misántropos, regañones, cuando nos va entonteciendo paulatinamente, como si una mano misteriosa fuera cerrando una por una todas las ventanas que nuestra experiencia había abierto frente a la realidad que nos rodea y tienta nuestra curiosidad?

Es natural que el hombre pierda primero sus rasgos individuales y sus variaciones del tipo social medio: su mentalidad individual; y lo es que luego pierda los rasgos comunes a todos los componentes de la sociedad en que vive, su mentalidad social, para conservar los infantiles y heredados, la mentalidad de la especie. El hombre pierde su experiencia en el orden en que la ha adquirido, devolviendo primero lo que ha poseído menos tiempo y renunciando lo último aquellas adquisiciones que han tenido más tiempo de arraigarse en su organismo. Esta evolución regresiva de las funciones psíquicas individuales ha sido cuidadosamente estudiada y



descripta para la función especial de la memoria, que es la condición primordial para el desarrollo y la disgregación de la personalidad.

El período involutivo de las funciones psíquicas en el hombre se terminaría por la demencia senil, si no la precediera la muerte del individuo como resultado de la cesación de otras funciones orgánicas. Sería lo común; frecuentes ejemplos de ello nos ofrece la patología mental.

En suma, la ontogenia de las funciones psíquicas en el hombre, lo mismo que en los individuos de cualquier otra especie viva, nos presenta un período de organización de la personalidad (adquisitivo), un período de perfeccionamiento de la personalidad (intensificativo) y un período de involución de la personalidad (disolutivo).

### III.—LA MORFOGENIA DE LOS ÓRGANOS PSÍQUICOS

El desarrollo anatómico e histológico del sistema nervioso en la evolución del individuo es concomitante con su desenvolvimiento mental, de igual manera que en la evolución de las especies. La embriología revela que los sistemas celulares que intervienen en la ejecución de las diversas funciones adaptativas del individuo al medio, se organizan progresivamente, a medida que los numerosos agentes energéticos exteriores van actuando sobre el individuo en formación.

El embrión humano, como todo sér vivo, es un simple transformador de energía; su crecimiento es un resultado del predominio de la asimilación sobre la desasimilación, proceso condicionado por las propiedades morfogénicas correspondientes a la estructura química de su protoplasma. Todas las energías condensadas por

el embrión provienen de su medio; todas sus funciones son determinadas por la variabilidad de las condiciones externas a las que necesita adaptarse.

El embrión humano solamente recibe excitaciones mecánicas, cuya traducción fisiológica son simples sensaciones táctiles; ellas pueden ser muy numerosas y complejas, pues los movimientos del embrión, dentro del órgano materno en que evoluciona, suelen ser activos y, en ciertos casos, bruscos, lo que determina innumerables excitaciones de las partes que lo rodean. Esos movimientos son fáciles de comprender teniendo en cuenta los principios elementales de la energética biológica; nada tienen de espontáneos, ni son producidos por ningún «principio vital». Pueden interpretarse como resultado de la energía química acumulada por una asimilación excesiva; son movimientos molares determinados por los movimientos moleculares (véase cap. III). Su exponente fisiológico son las sensaciones kinestésicas. A medida que el embrión evoluciona, diferenciándose en él órganos y funciones, el sistema nervioso puede recibir excitaciones de los otros sistemas orgánicos de la vida vegetativa. A las sensaciones táctiles externas se van agregando sensaciones orgánicas internas o cenestésicas.

La experiencia individual del embrión es, pues, muy exigua, aunque ya empieza a formarse. Las excitaciones externas e internas determinan la mielinización de vías nerviosas que le permiten reaccionar a aquéllas mediante movimientos adaptativos; la memoria conserva esas modificaciones adquiridas y se van formando verdaderos hábitos orgánicos, para repetir con más facilidad esos movimientos cada vez que se repiten excitaciones similares.

Esas manifestaciones de la actividad embrional sólo son susceptibles de escasísimo carácter consciente, apenas crepuscular, traducido probablemente por una diferenciación afectiva rudimentaria entre el placer y el do-